



LIBRO VII.

Matrimonio de la Virgen.

SEA que Joaquin en su lecho de muerte hubiese puesto á la Virgen bajo la proteccion especial del sacerdocio; sea que los magistrados que cuidaban de los huérfanos, le hubiesen escogido tutores en la poderosa familia de Aaron, á la cual pertenecia por parte de madre; sea, en fin, que la tutela de los niños consagrados al servicio del templo perteneciese por derecho á los levitas, es evidente que María, despues de la muerte de los piadosos autores de sus dias, tuvo tutores de linaje sacerdotal. Es verosímil, y las tradiciones árabes lo afirman, que los cuidados de esta tutela fueron particularmente confiados

al piadoso esposo de Isabel, á Zacarías, cuya alta reputacion de virtud, y su título de pariente cercano (1), parecian designarle para ese cargo protector (2). La diligencia que puso la santa Virgen, dos ó tres años mas tarde, en atravesar toda la Judea, para ir á ofrecer sus felicitaciones á la madre de San Juan Bautista, y su prolongada permanencia en las montañas de Hebron, parecen indicar, en efecto, relaciones mas íntimas que las del simple parentesco. El techo que abrigó á María durante una visita tan larga, no podia ser, segun las reglas observadas con rigor entre los hebreos, sino un techo tan sagrado como el paternal.

Sean cuales fuesen los sacerdotes que se honraron con la tutela de la bienaventurada hija de Ana la santa, cumplieron escrupulosamente las obligaciones que les imponia este cargo; así es que, cuando la Virgen hubo llegado á los quince años, pensar en darle un esposo digno de ella. Este proyecto de himineo puso á María en una turbacion extrema: aquella alma tan elevada, tan pura, tan contemplativa habia adivinado el Evangelio, y la virginidad le parecia el estado mas perfecto, mas santo y mas glorioso que una muger pudiese abrazar. Un autor antiguo citado por San Gregorio Niceno, refiere que ella se resistió largo tiempo y con mucha modestia á la determinacion que le anunciaron, y que suplicó humildemente á su familia que la permitiesen pasar en el templo una vida inocente, retirada y libre de todo lazo, excepto los del Señor. Su peticion sorprendió en gran manera á todos los que disponian de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia era la esterilidad, es decir, el oprobio, estado solemnemente maldito por la ley de Moisés (3); era el celibato de una heredera única (4), es decir, la extincion total del nombre de su padre, idea casi impia entre los judíos, que miraban como una insigne desgracia que su nombre no se perpetuase en Israel. En cuanto al voto de virginidad con que ella habia querido encañar su vida, no podia ser de modo alguno un obstáculo, puesto que podia ser anulado por una decision del consejo de familia. Sábese que la muger era *siempre y en todas partes* considerada como menor, hasta que la promulgacion del código

inmortal vino á arrancarla gloriosamente de la *maldicion y de la esclavitud*, haciendo del hombre libre, de la muger y del esclavo un pueblo de hermanos.

Las súplicas de la Virgen, pues, hallaron poca simpatía aun entre los mismos sacerdotes de Jehová; ellos no estaban á la altura de semejantes virtudes, y para aquellos hombres de ciencia y de penetracion el alma santa y angelical de María era un libro cerrado con siete caudados de broncea. Su pensamiento, que se adelantaba á su siglo y chocaba con las viejas preocupaciones de su nacion, quedó sin ser comprendido, y cuanto pudo alegar para resistirse á abrazar un estado que contrariaba sus mas ardientes y queridos votos, de nada le sirvió. Además, ¿cómo habria podido ella convencer á otros, cuando el mismo Dios estaba en su contra? Su matrimonio con un hombre justo que debia atestiguar la pureza de su vida, sustraerla á las importunidades de los jóvenes hebreos que habrian podido pretender su mano hasta en el templo, como lo observa San Agustin (5); y, en fin, protegerla, como tambien á su divino Hijo, en la hora de la adversidad, todo entraba en las miras secretas de la Providencia. Este era el único medio de ocultar el misterio de la Encarnacion á las malévolas indagaciones de un mundo perverso, que habria tomado por pretexto el milagro para entregarse á conjeturas abominables, y cuyo falso celo le hubiera llevado, quizá, hasta el extremo de apedrear á la madre del Salvador, como quiso hacerlo mas tarde con la muger pecadora del evangelio (6); porque los hebreos no contaron jamás la misericordia en el número de sus virtudes prodicetas, y el mismo Dios les reprocha, por la boca de sus profetas, *que tenian el corazon tan duro como el diamante*.

A estas razones poderosas, pero ocultas en la impenetrable noche de los decretos divinos, vino á añadirse otra tomada de la fuente de las tradiciones antidiluvianas y del orgullo nacional, la cual por sí sola hubiera dejado poca esperanza de buen éxito á la humilde oposicion de la Virgen. La castidad perpétua, que los cristianos consideran como la reina de las virtudes, era casi un contra-sentido entre los discípulos de

Moisés, que vivían desde tantos siglos en la ansiosa expectación del *rey Mesías* (Melech Hamaschiak). Una tierna flor del tronco de Jessé, una hija de David, no era libre de sus traerse al yugo del himeneo; ella debía un hijo á la ambiciosa piedad de su familia, que no hubiera renunciado por todos los tesoros del gran rey á la esperanza de contar un día en el número de los suyos al Libertador de Israel. Esta esperanza, que habia sostenido á los judíos cuando los caldeos, montados en caballos mas ligeros que el viento, habian tomado por asalto la hermosa ciudad de Sion, y arrojado su pueblo á las orillas del Eufrates, se habia convertido en un terrible deseo de venganza desde que los romanos dominaban en Asia. Los hebreos esperaban ver muy pronto el día en que las águilas huirían á la vista del estandarte de color de esmeralda (7), y en el cual, igualmente, la enseña de los macabeos (8) ondearía triunfante sobre el Senado de Roma. Jamás se habia creído tan cercano el cumplimiento de los oráculos del Mesías, y por consiguiente el momento no era favorable para obtener la gracia que María imploraba.

Segun el Evangelio de la Natividad de la santa Virgen, y el proto-evangelio de Santiago, los tutores de María, sin tener en cuenta sus repugnancias y súplicas, convocaron una reunion de sus parientes mas cercanos, todos, así como ella, del linaje de David y de la tribu de Judá (9), á fin de proceder á la eleccion del esposo que pretendia dársele. Entre los que podían aspirar á su mano hallábanse una multitud de jóvenes israelitas, hermosos y valientes los unos, propietarios los otros de feraces campos, de viñedos, ganados y bosques enteros de olivos. Los capitanes de Judá hubieran añadido al dote de María una parte de los despojos y esclavos tomados en los combates; los mas ricos de su tribu la hubieran cubierto de telas de la India bordadas de oro y de púrpura de Tiro dos veces teñida, mientras que los comerciantes, que traficaban en esmeraldas de Egipto, en turquesas de Iran y en perlas del golfo Pérsico, hubieran puesto á sus pies cadenas de piedras preciosas, brazaletes de inmenso valor, y pendientes cuyo precio igualaría al rescate de un príncipe, en fin, todas las

magníficas y brillantes insignias de la seridumbre del sexo débil. Empero aquellos ilustres partidos fueron pesados en la balanza y se encontraron ligeros. Despreciando las ventajas de la juventud, de la hermosura, del rango, de la fortuna y de la gloria de las armas, los sacerdotes tutores de María, y los ancianos de su familia, fijaron su eleccion en un anciano (10), en un patricio abatido, cuya fortuna habian absorbido las guerras políticas y religiosas de la Judea, como absorbe la mar una gota de agua, no dejándole otra cosa que sus brazos y las herramientas de su oficio; este proletario, descendiente de una familia ilustre, que segun el proto-evangelio de Santiago era viudo (11), y célibe segun San Gerónimo, cuya opinion ha prevalecido en la Iglesia, era José, el carpintero de Nazareth.

Quando se reflexiona sobre la rara belleza de María, la educacion que recibió en el templo, las grandes alianzas de su familia, su calidad de heredera que la constituía entre los judíos, que dotaban á sus mugeres y casi nada recibian de ellas (12), un partido envidiable y hasta brillante, nos admiraría esta decision de familia, si los santos padres no nos enseñasen que José fué elegido por medio de la suerte y la manifestacion expresa de la voluntad divina (13). Una tradicion antigua, consignada en el proto-evangelio de Santiago, y referida por San Gerónimo, cuenta que los pretendientes, despues de haber rogado á *AQUEL que preside á los destinos*, depusieron por la noche en el templo su varilla de almendro, y que al día siguiente el ramo muerto y seco de José, hijo de Jacob, hijo de Mathan, se encontró verde y florido como aquel que en otro tiempo habia asegurado el sacerdocio á los Aarónidas. La historia del monte Carmelo dice, que á la vista de este prodigio que destruía sus esperanzas, un joven de alto linaje, pariente de una de las mas poderosas familias de Judea y poseedor de una grande fortuna, rompió su vara con todas las señales de desesperacion, y corrió á encerrarse en una de las grutas del Carmelo con los discípulos de Elías (14).

Quando la eleccion de los tutores fué decidida, se la manifestaron á María, y esta joven admirable, acostumbrada á ele-

gantes trabajos, criada en medio de los perfumes, de cánticos melodiosos y de las magnificencias encantadoras de la Casa santa, no vaciló en consagrarse á una vida oscura, á ocupaciones vulgares y á penosos trabajos con el humilde y viejo artesano que le presentaban sus parientes. Una inspiracion divina, segun se dice, le habia dado á conocer que este hombre justo no seria para ella mas que un protector, un padre, un guardian de su castidad (15). ¿Qué queria mas? El Señor la habia oido; dejándola permanecer fiel á los votos que habia hecho, le concedia, como un nuevo beneficio, el mérito de la obediencia.

El matrimonio proyectado entre José y María, debió causar alguna sorpresa en Nazareth y en Jesuralen, por la poca analogía que habia entre la edad, la fortuna y la condicion de los futuros consortes. Se engañaria, sin embargo, el que creyese que esta union que parece de todo punto desproporcionada, fuese mirada por la sociedad judía, acostumbrada á los hábitos sencillos y primitivos, como un casamiento completamente desigual. Sin ocupar en el Estado un puesto distinguido, la profesion de artesano no era baja ni degradante en Israel (16). Obsérvese en la genealogía de la tribu de Judá una familia de trabajadores de lino fino, y otra de alfareros, cuya memoria es honrada; la misma Eseritura ha trasmitido á la posteridad los nombres de Beleséel y de Hiram; y sabido es que San Pablo, célebre en el estudio de las leyes, el famoso doctor fariseo Hillel, y despues de ellos otros muchos doctores, que, segun el lenguaje de los rabinos, *sembraban la luz en medio de la santa nacion*, se dedicaban á las artes mecánicas mas humildes, sin que de ello se avergonzaran lo mas mínimo. Hay mas: todo israelita era artesano, porque el padre de familia, cualquiera que fuese su posicion social, estaba obligado á hacer enseñar á su hijo un oficio mecánico, á menos, decia la ley, *que no quiera hacer de él un ladrón* (17).

Los judíos, cuyo patrimonio estaba en manos de los extranjeros, no tenian otra alternativa, mientras esperaban la grande época que debia restablecer sus fortunas, que expatriarse, ó vivir pobremente del trabajo de sus manos en el

seno de sus montañas natales. Aquellos, á quienes el amor de la patria inducia á tomar este último partido, no se envilecian de manera ninguna, y permanecian aptos para todos los empleos. Israel no tenia castas como el Egipto y la India; todo su orgullo se fundaba en su creencia religiosa, y en su desoendencia de los patriarcas. "Ser descendiente de Abraham segun la carne, dice el águila de Meaux, era una distincion que los elevaba naturalmente sobre todos los demas." En efecto, el último de los hebreos se reputaba por un príncipe en comparacion de los extranjeros (18).

Habia, no obstante, así entre los judíos como entre los árabes, unas tribus mas ilustres y familias mas nobles las unas que las otras; la tribu de Judá, que llevaba el estandarte nacional á la cabeza de los *millares* de Israel el dia de las batallas, y de cuyas manos no debia salir el cetro hasta la venida del Mesías, habia siempre tenido la preeminencia; y la familia de David era la primera y la mas honrada entre las familias de Judá. José, pues, aunque pobre, era del linaje de David; la sangre de veinte reyes circulaba en sus venas, y Zorobabel, uno de sus abuelos, fué quien sacó al pueblo de Israel de la tierra del destierro. Despues de este tiempo la brillantez de su casa se fué gradualmente oscureciendo; su familia se confundió en el pueblo, como la de Moisés y de Samuel; pero su ilustre origen era conocido. En nuestros dias, los últimos Abasidas que vegetan en el fondo del Hedjaz no son menos respetados como descendientes de Aaron-al-Raschid, y ninguna familia de la Arabia se desdenaria de unirse á ellos.

La santa hija de Joaquín, pues, no perdía tanto como pudiera creerse, casándose con el *Carpintero*. Empero, si se considera bajo un aspecto mas elevado esta union que á primera vista parece tan poco adecuada, descúbresese que fué efectivamente un noble enlace. Dios no dió por esposo á la Virgen amada del cielo un hombre, cuyo mérito consistiese únicamente en sus campos, en sus viñedos y en sus *siclos* de oro, cosas que cambian frecuentemente de dueño, y que no están mas pegadas al rico que los vestidos de que por la noche se despoja: le dió un hombre *justo*, la mas perfecta de sus obras. El

Señor no se deja deslumbrar por los vanos fantasmas que arrastran al vulgo; á sus ojos todas las clases son iguales entre unas pobres criaturas que se arrastran un instante en el polvo, para convertirse bien pronto en alimento de gusanos. *El hombre juzga por las apariencias*, dice la Escritura, *pero Jehová mira al corazón*. Si Dios escogió al humilde José para esposo de la Reina de los ángeles, y para padre adoptivo del Mesías, fué porque poseía tesoros de gracia y de santidad capaces de excitar la envidia de los espíritus celestiales; fué porque sus virtudes le habian hecho el primero de su nacion, y porque estaba colocado en mas alto lugar que César en el libro de la vida, esos anales heráldicos de la eternidad. La Virgen no fué confiada al mas poderoso, sino al mas digno; así el arca á que no osaban acercarse los príncipes y los valientes de Israel, por temor de ser heridos de muerte, atraía las bendiciones del cielo sobre la casa de un simple levita, cuyo pobre techo la abrigó.

Los desposorios de María se celebraron con toda la sencillez de los antiguos tiempos. José, en presencia de los tutores y de algunos testigos, le presentó una pequeña pieza de plata, cuyo valor se ignora, diciéndola: "Si consientes en ser mi esposa, acepta esta prenda." María, aceptando el don, quedó solemnemente comprometida, y solo una sentencia de divorcio podia restituirla desde entonces la libertad. Los escribanos estendieron el contrato en términos breves y descargado de meras fórmulas (20). El esposo prometía honrar á su muger, y proveer á su manutencion y vestido segun la costumbre de los maridos hebreos, y le señalaba un dote de 200 zuses (50 escudos), dote igual para la hija del príncipe y la del labrador, pero á la cual podia añadir alguna cosa á proporcion de sus bienes. Despues de haber asegurado este dote sobre todo lo que poseía, hasta sobre su manto, que la ley no permitia reclamar sino despues de su muerte (21), suscribió José el contrato, en el cual María habia puesto igualmente su firma. Una corta bendicion en alabanza de Dios, terminó esta ceremonia, que debia preceder algunos meses á la del matrimonio.

Las bodas de la santa Virgen se celebraron en Jerusalem, y

las personas mas notables de su familia se hicieron un deber el concurrir á ellas con aquel esplendor que no pertenece sino al Oriente, y que los viajeros de Europa no mencionan jamás sin una admiracion mezclada de asombro, porque aun los mas pobres ostentan en semejantes ocasiones un lujo verdaderamente inaudito (22). No convidar á todos los parientes en una festividad tan solemne, hubiera sido rehusarse á seguir las costumbres de sus abuelos, cosa imposible de suponerse en aquella nacion tradicional, que era inmutable en sus costumbres y en sus prácticas religiosas, como lo decia con tanta verdad el judío Filon al emperador Cayo; por otra parte, hubiera sido faltar á las instituciones ó usos establecidos en la sociedad hebrea, y la presencia de María en las bodas de Canaa prueba por el contrario que se conformaba en todo á ellas.

En un hermoso dia de invierno (23), en el momento en que la luna nueva se levantaba lentamente por detrás de las montañas (24), vióse dirigir á la morada de María una larga hilera de mugeres ricamente adornadas; las antorchas de abeto resinoso que llevaban en sus manos una multitud de esclavos, hacian brillar sus cintos de oro, sus redecillas de perlas, los arcos de pedrería que adornaban sus frentes, y los diamantes de sus tiaras al estilo persa (25). Aquellas hijas de Sion habian conservado el uso del aceite, que ya se conocia en el tiempo de Jezabel: sus cejas y pestañas estaban pintadas de negro, y la extremidad de sus dedos era encarnada como las bayas del rosal silvestre (26). Introducidas en el aposento interior, donde se hallaba la tierna y santa Desposada en compañía de algunas piadosas matronas de su familia, bendijeron á Dios que le daba un protector en la persona de su esposo, y la felicitaron por su matrimonio, de cuyas fiestas venian á participar.

María recibió sus parabienes con una humildad graciosa y una dignidad sencilla, que encantaron á la reunion, porque ella poseia en supremo grado, dice San Ambrosio, el sentimiento de la oportunidad, y usaba en el trato de una cortesía propia de una hija de reyes. Perteneciendo á la sociedad judía, en la que cada detalle de las jóvenes desposadas era un recuerdo bíblico, María debió someterse por un instante á las

exigencias del lujo oriental, aunque conociese bien lo vano de las pompas del mundo. El oro, las perlas, las ricas telas de tisú no son en sí mismas cosas reprobables; lo que es malo son los pensamientos de orgullo y vanidad, que hacen nacer en las cabezas débiles y en los espíritus lijeros. La reina Bathilde, bajo sus vestidos cargados de bordados y sembrados de diamantes, era mas humilde que las mugeres vestidas de paño burdo, con quienes vino á confundirse despues de su gloriosa regencia: las crónicas de aquel tiempo lo refieren con toda ingenuidad.

Evitando, pues, afectar en su compostura un desaliño que hubiera disgustado á todos, é imponiendo la costumbre á los esposos así como á los convidados un adorno de circunstancias, como el Evangelio de la vestidura nupcial nos lo daría á conocer, cuando no estuviere ahí todo el Oriente, así antiguo como moderno, para probarlo, la jóven de los descendientes del rey Judá debió vestir un trago rico y apropiado, y reliquias auténticas son un testimonio irrecusable de que efectivamente fué así (27).

Su vestido, que se conservó con el mayor esmero en Palestina, de donde se envió á Constantinopla, como nos lo dice Nicéforo, era de un tisú bellísimo por sus dibujos y adornos; su fondo era color de mahon, con flores blancas, azules, violetas y oro; es hoy día la santa reliquia de Chartres.

En memoria de los tiempos antiguos y de las costumbres patriarcales de sus mayores, llevaba, como Rebeca, pendientes y brazaletes de oro, regalo modesto é indispensable que debió José enviar algunos dias antes de la ceremonia (29), y al cual los hebreos ricos añadian collares de perlas y magníficos aderezos de diamantes. En lugar de la corona de oro almendada (30), que llevaban las esposas de las clases opulentas, véase colocada sobre los cabellos rubios y rizados (31) de la reina de las vírgenes, una sencilla guirnalda de mirto; en la primavera se la hubieran añadido rosas (32); su velo nupcial la cubria de la cabeza á los piés, y flotaba cual una nube á su alrededor (33).

Un palio de tela preciosa aguardaba fuera de la casa á la esposa futura: llévanle enatro jóvenes israelitas (34). María

debió colocarse en él entre dos matronas, de las cuales la una estaba á su derecha, representando á su madre, y la otra era, quizá, aquella María de Cleofas, que han creído algunos autores que era la primogénita de santa Ana, pero que no era en realidad sino la hermana política de la Virgen (35). En seguida marchaba todo el séquito nupcial, agitando, en señal de alegría, ramos de mirto y de palmera (36), y al sonido de las arpas, de las flautas y de los tamboriles, que tocaban armoniosamente aires de una melodía grave y sencilla (37), y que eran tal vez los mismos que los de los coros del rey David. El esposo, con la frente adornada de una magnífica corona transparente como el cristal, y que era peculiar de su pueblo (38), iba delante seguido de una multitud de amigos, que cantaban un epitalamio imitado del Cántico de los cánticos, ese magnífico y misterioso canto de himenco, cuyas metáforas sublimes tienen un sentido oculto y divino. Ensalzaban la belleza de la nueva esposa, *cuyos cabellos se asemejaban á los tiernos retoños de las palmeras, el talle flexible y derecho como las ramas del erac, los dientes blancos como los corderrillos cuando vuelven del baño, y los ojos dulces como los de aquellas palomas que se paran á la orilla de los grandes arroyos*; decian que *la buena opinion de su fama se parecia al suave perfume que se exhalaba de sus vestidos; que era el lirio de las jóvenes vírgenes, y el objeto de la alabanza de las matronas*. Pasando luego al elogio del esposo, *alaban su figura magestuosa é imponente como el Libano, la dulzura de su voz, la graciosa urbanidad de sus maneras, y añadian, que se distinguia del comun de los hombres, cual se distingue el cedro de todos los árboles*. Descendiendo despues á consideraciones mas generales y elevadas, decian que el esposo debe ser para su mugor como un ramillete de mirra que lleva sobre su corazon; que debe atravesar la vida apoyada sobre él, cual si cruzase un desierto; porque *los celos son inflexibles como la muerte, y sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas*. Añadian tambien, que la ternura entre los esposos es cosa tan preciosa y encantadora, que *pagándola con todas sus riquezas el hombre mas opulento, aun deberia creer que no habia dado nada*.

De vez en cuando las jóvenes que cerraban la marcha formaban danzas, semejantes á la danza sagrada, que en su principio se asociaba á las fiestas religiosas (39), ó bien lanzaban, en señal de regocijo, gritos agudos y prolongados, costumbre en boga aún hoy día entre los árabes (40), y que un viajero moderno que ha recorrido últimamente la Siria, compara á las estrepitosas voces de los vendimiadores de la Francia meridional durante la estación de las vendimias. Todo el acompañamiento arrojaba á los pobres, que los colmaban de bendiciones, una verdadera nube de monedas de plata (41), que llevaban por efigie ya una hoja de vid, ya las tres espigas de trigo, que eran el emblema de la Judea (42). Las mugeres de Israel, agrupadas al tránsito de los esposos, arrojaban palmas á sus piés, y á veces detenían á la Desposada, para derramar sobre sus vestidos esencia de rosa (43). María también debía tener su día de triunfo en Jerusalem.

Llegada á la casa nupcial, los amigos del esposo y las compañeras de la esposa exclamaron en coro: *¡bendito sea el que viene!* José, cubierto de su *taled*, y María de su velo, se sentaron bajo el pábulo al lado el uno del otro. María tomó la derecha, porque el Salinista ha dicho: *Tu muger estará á la derecha* (44); y se volvió hácia el medio día. El esposo entonces puso un anillo en el dedo de su compañera (46): *He aquí, le dijo, tú eres mi muger segun el rito de Moisés y de Israel.* Quitóse el *taled*, y cubrió con él á su esposa, á fin de imitar lo que pasó en el matrimonio de Ruth, quien dijo á Booz: "estíende un lienzo de tu capa sobre tu sierva" (47). Un pariente cercano vertió vino en una copa, lo gustó, y dió á gustar á los dos esposos, bendiciendo á Dios por haber criado al hombre y á la muger y establecido el matrimonio. Mientras que los esposos llevaban á sus labios la copa sagrada del himeneo, entonóse al Dios de Israel un cántico, que encerraba seis bendiciones. José arrojó en seguida el resto del vino, en señal de liberalidad, y los concurrentes puñados de trigo, símbolo de la abundancia; para terminar la ceremonia, rompió un niño la copa (48).

Toda la reunion que con antorchas en la mano rodeaba á los esposos, bendijo al Señor, y pasó á la sala del banquete, en

el que, segun cierto antiquísimo obispo de Bressa (49), que hacia remontar esta tradicion hebrea hasta el tiempo de Jesucristo, se procedió al nombramiento del rey del festin, elegido de entre la clase *sacerdotal*, el cual debía servir las viandas y el vino, y obligar á los convidados á guardar el decoro que exigian la religion y la honestidad. José y María se levantaron también; pero antes de seguir á sus convidados, hubo entre ellos, en presencia del cielo y de los astros que proclaman la gloria del Altísimo, algunas palabras secretamente pronunciadas (50). *Tú serás como mi madre*, dijo el Patriarca á la santa Virgen, *y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová.* Desde aquel momento no fueron mas á los ojos de la ley religiosa, que hermano y hermana en el matrimonio, aunque su union permaneciese íntegramente (51).

Las fiestas, que simbolizaban la ceremonia religiosa del sacrificio, duraron siete dias, como en el tiempo de los patriarcas. Concluida la semana de las bodas, José y María, acompañados de una multitud de parientes, que formaban á su alrededor una brillante cabalgata, volvieron á tomar el camino de la Galilea. La pequeña caravana se puso en marcha al sonido de los címbalos, y no se detuvo hasta cerca de la fuente de Anathot (52), en donde los de Jerusalem se despidieron de los esposos con llanto en los ojos, bendiciones en la boca, y una mano puesta solemnemente sobre el corazón. Los Nazarenos prosiguieron su viaje, atravesando las montañas de la Samaria, en que el águila desde lo alto de su nido los miraba pasar, sin cuidarse de su presencia. Sichem se ofreció en seguida á la vista de los viajeros con sus bosques siempre verdes, con sus arroyos de límpidas aguas y sus magestuosos edificios, como fluctuando en medio de las enramadas. Dejaron luego atrás el monte Gazarim con los costados rojizos, en donde se veían las ruinas del templo cismático, rival vergonzoso de la Casa santa, que Juan Ircam entregó á las llamas vengadoras, y al cual debía reemplazar mas tarde una iglesia dedicada á María; despues las altas cumbres del monte Hébal, y en seguida Sebaste, que elevaba sus nuevos palacios bajo la égida de Augusto, y que Herodes se complacia servir.

mente en embellecer, como á único altar en que pudiese sacrificar al genio de Roma.

Hacia la mitad del segundo día de camino se divisó el monte Thabor, que diseñaba su verde cabeza sobre el cielo de color de plata claro de la Galilea, y mas allá las altas cimas del Líbano, que ocultaban en las nubes sus agujas de piedra cargadas de eternas nieves. Desde las faldas arboladas del Hermon, en que las cabras pacían los tiernos renuevos de los arbustos, descendieron á una llanura deliciosa que se extendía cual un inmenso canastillo de flores, entre colinas cubiertas de verdes robles, de mirtos, de viñedos y de magníficos bosques de olivos. Campos de cebada, de trigo, de trébol y de *doura* en todo su verdor, ondeaban blandamente á impulsos de una suave brisa, entibiada por la aproximación de esa primavera mas temprana y cálida que la de nuestras regiones occidentales. Una luz pura y dorada acariciaba esa fértil tierra, en que se desplegaba una vegetación vigorosa, y cuyas aguas azuladas que el estío debía agotar tan pronto, deslizábanse á manera de listones de plata en aquel nuevo Eden. Veíanse asomar aquí y allí bajo las elevadas columnatas de palmeras opulentas poblaciones, y mas allá, de distancia en distancia, sobre la cresta escarpada de una roca, un castillo solitario, cuyos soldados, nacionales aun y encargados de una misión protectora, no medían sus sables fabricados en Damasco, sino con los bandoleros nocturnos ó con los árabes del desierto. Ese valle de maravillosa frescura y encerrado entre los sombríos bordes de altas montañas, era el valle de Esdrelon, á cuya estremidad aparecía una pequeña ciudad pintorescamente situada sobre la espalda de una colina, y que brillaba cual una flor en medio de las aléas inmediatas: ¡esa ciudad risueña y linda era Nazareth, la ciudad natal de la Virgen, la cuna de Cristo! (53)

Sin duda María no pudo ver de nuevo sin emoción aquella ciudad, donde abrió por primera vez los ojos á la luz, y cuyo recuerdo, debilitado pero no borrado, se había reproducido de continuo en sus sueños. Ella la había dejado muy niña por los espléndidos muros del templo, y volvía allí hermosa, joven, perfecta, y virgen á la vuelta como á la partida.

Los viajeros descendieron á la casa de santa Ana, morada antigua y misteriosa, cavada en parte en la roca, como las grutas proféticas de los antiguos tiempos (54), y que bien pronto debía ser mas santa que el templo de Jerusalem, la casa misma de Jesucristo. Las mugeres de Nazareth saludaron con bendiciones la llegada de la joven esposa, que se adelantaba púdica y velada como la Rebeca de Isaac; y María, en medio de las felicitaciones de aquellas que la vieron nacer, penetró en la pacífica habitación paterna, que parecía aun impregnada del buen olor de las virtudes de Ana y de Joaquin.



LIBRO VIII.

La Anunciacion.

FACIL es imaginarse la existencia dulce y bendita que llevaron los dos esposos durante los primeros meses de su casta union; la paz de Dios reinaba en su humilde morada, y partian su vida entre el trabajo y la oracion, que santificandolo, lo hacia menos pesado. Segun una antigua costumbre, que subsiste aun entre los árabes y en una gran parte del Oriente, José ejercia su profesion en un local distinto del en que vivia la Virgen (1). Su taller, en el que trabajó el mismo Jesucristo, era un cuarto bajo de diez á doce piés de

ancho, y otros tantos de largo. Afuera de la casa había un banco de piedra, para descansar el pasajero ó viajante; á quien resguardaba de los rayos abrasadores del sol una especie de esterilla hecha de ramas de palmera (2). Allí era donde descansaba el laborioso artesano que construía arados, yugos y carros de labranza. Algunas veces hacia levantar á su vista las cabañas del valle; otras su brazo todavía robusto, derribaba los altos sicómoros y los pegros terebintos del monte Carmelo (3). El salario que recibía por tantas fatigas era muy corto, y sin embargo lo partía con los pobres.

Por su parte su dulce y santa compañera no estaba ociosa. Dotada de un espíritu ilustrado, juicioso y prudente, sin echar de menos el pasado, sin ilusiones para el porvenir, mirando el mundo tal cual es y su situación bajo su verdadero punto de vista, conformóse á ella sin esfuerzo, y quiso cumplir con escrupulosa exactitud sus sagradas obligaciones. Desde el momento en que tomó posesión de la casa de su madre, se revistió de la pobreza como de un traje de honor enviado de parte de Dios, y fué lo que debía ser en la condición oscura á que la había hecho descender la Providencia, una joven y sencilla muger del pueblo. Todos los brillantes y lijeros trabajos pertenecientes á la vida cortesana, fueron olvidados y sustituidos por los cuidados fatigosos y las ocupaciones monótonas de una familia pobre, en que la ama de casa no tiene esclavos ni criados. Las delicadas manos de María, acostumbradas á labrar tejidos de seda, tejieron con hojas de palma, ó cañas arrancadas en la orilla del Jordan, la estera que cubría el agreste techo de su habitación; su huso se cargó de un lino mas ordinario; ella tuvo que moler con sus manos el grano de trigo, de cebada y de doura (4), cuya tosca y amarillenta harina amasaba en tortas redondas y delgadas. Cubierta con su blanco velo, y con un antiguo cántaro sobre la cabeza (5), iba por agua á una fuente poco distante (6), á semejanza de las mugeres de los patriarcas, ó á lavar sus azuladas túnicas en la corriente del arroyo, como las princesas de Homero.

Jesucristo, testigo de las ocupaciones laboriosas de esta noble muger, ha hecho algunas veces alusión á ellas en sus parábolas, y los sencillos trabajos de María están conservados

en la tela evangélica, así como una flor marina en el ámbar. Véase en ella efectivamente, la muger diligente poniendo la levadura en tres medidas de harina (7), barriendo con cuidado su habitación para encontrar una cosa perdida (8), y zuriendo económicamente sus pobres vestidos (9). Cuando Jesus busca un ejemplo para recomendar la pureza de corazón, lo toma en el recuerdo de la pobreza de aquella que limpiaba cuidadosamente *el interior y el exterior del vaso* (10); y se colige que piensa en María, cuando alaba la ofrenda de la viuda *que no da del sobrante, sino de su inteligencia*. Así es como el cantor de Chio representa la justicia bajo los rasgos de su madre, pobre muger del pueblo, pesando exactamente la lana que va á hilar para alimentarse ella y su hijo, y conservándose honrada y justa hácia el rico, en medio de la mayor miseria (11).

Al caer de la noche, cuando los pájaros buscan un albergue bajo la enramada de los árboles, María colocaba sobre una mesa limpia y reluciente, obra de las manos de José, los pequeños panes de cebada ó de maiz, los sabrosos dátiles, los lacteínicos, las frutas y legumbres secas que constituían la frugal comida del descendiente de los príncipes de Israel. Esas viandas sencillamente aderezadas componían el principal alimento de los antiguos hebreos, raza sobria que en tiempo de necesidad sabía contentarse con pan y agua (12). En cuanto á la Virgen, vivía con tan poco, que algunos autores antiguos, amigos de lo maravilloso, han creído que era alimentada por los ángeles.

Quando José, fatigado de los trabajos del día, volvía al ponerse el sol á entrar en su pequeño cuarto bajo, encontraba allí á su joven compañera, que se apresuraba á presentarle una trás otra, el agua tibia que le había preparado para lavarse los piés, y la fría y limpia de la fuente, en un vaso puro de todo contacto inundo (13), para las abluciones anteriores á la comida. Aquel hombre grave y sencillo, con su hermosa figura patriarcal en que no respiraba el fuego de las pasiones, aquella angelical muger toda solícita en servirle con la tierna solícitud de una hija querida, formaban un grupo digno de la edad de oro (14).

Entre tanto, había llegado ya la hora que el Eterno señalara en sus divinos decretos para la encarnación de su CRISTO. El ángel Gabriel, uno de los cuatro (15) que están siempre delante del Señor, recibió una misión secreta, que le alejó por algunos instantes de las regiones celestes. Cubriéndose con uno de esos magníficos mantos de aire condensado en que se envuelven los espíritus puros, cuando quieren presentarse á la pobre vista de los ojos de los hombres (16), el Ángel dejó el palacio de oro con muros de esmeraldas de la Jerusalén celestial, cuyas puertas son doce perlas (17), y desplegó sus vastas alas blancas, al mismo tiempo que su frente brillaba con un santo gozo, porque conducía un mensaje de paz á la tierra, y los santos ángeles se regocijaron tanto de la felicidad de los hombres, como se alegraron los malos espíritus de su perdición y sus dolores.

Después de haber recorrido los desiertos incmensurables de las regiones eternas, cuyas estrellas son oasis, el Ángel que había predicho á Daniel la venida del Mesías, y que era entonces el portador del cumplimiento de aquella gran promesa de Dios, dirigióse con la rapidez del pensamiento hácia nuestro pequeño planeta, que su mirada distinguió desde una lontananza inmensa cual una pequeña nubecilla; que le pareció después que brillaba con un débil resplandor de plata, y que, al fin, tomó la redondez y la luz tranquila de la luna, cuyas fases experimenta.

Al acercarse á este globo, que el hombre ha dividido orgulosamente en zonas y hemisferios, y en el cual se agita con un ardor insensato, para amontonar algunas partículas de oro del cual hace su dios, el Ángel comenzó á distinguir charcos de aguas azules y brillantes, coronadas de puntos negros parecidos á pequeñas rocas submarinas; eran nuestros océanos y nuestras elevadas montañas. Las ciudades no se distinguían aun, los hombres mucho menos; ¡son tan pequeños! En fin la tierra, que á primera vista se había presentado bajo una forma microscópica, estendiéndose gradualmente en vastos países, cubiertos de reinos, entrecortados por desiertos y plantados de bosques inmensos. Llegado al cénit de la Palestina, la mirada del Ángel, cual una bendición del cielo, cayó de lo alto sobre

la linda ciudad de Nazareth; y descendiendo entonces suavemente de las nubes, á la manera de esos brillantes astros desprendidos de sus órbitas, bajóse graciosamente como un hermoso cisne, que plega sus magníficas alas después de un largo viage, sobre la pobre y santa casa de José, aquel noble carpintero galileo, cuyos antepasados eran reyes.

El sol declinaba lentamente hácia el alto promontorio del Carmelo, y muy pronto iba á ocultarse en el horizonte del mar de Siria, cuando el Ángel se presentó en el modesto oratorio de la Santa Virgen (19). Fiel observadora de las costumbres de su pueblo, María, con la cabeza vuelta hácia el templo (20), ofrecía al Dios de Jacob su oración de la tarde (21). “Salve, llena de gracia,—dijo el celeste enviado, inclinando su radiosa frente,—el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mugeres.”

María experimentó un involuntario temor á esta aparición maravillosa. Tal vez temió, como Moises, ver á Dios y morir; tal vez, como lo creyó san Ambrosio, se alarmó su pudor virginal á la vista de aquel hijo del cielo que se introducía á la manera de los rayos del sol en la celdita solitaria, en que ningún hombre había penetrado; tal vez fué la actitud sumisa y la magnífica salutación del Ángel, lo que confundió su humildad. Sea como fuere, el Evangelio refiere que María se turbó, y procuró, aunque en vano, penetrar el objeto de tan asombrosa visita, y el oculto sentido de tan misteriosa salutación.

El Ángel, que conoció su turbación, la dijo con dulzura: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Concebirás en tu seno y parirás un hijo, á quien pondrás el nombre de Jesús. Será grande, y será llamado el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de su padre David; reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.” A estas palabras, que habrían llenado de un gozo immoderado á otra que no fuese María, la casta y prudente jóven solo pensó en su blanca corona de virgen, que quería conservar á toda costa; y preguntó sencillamente cómo podía conciliarse aquella magnífica profecía con el voto de virginidad perpetua que encadenaba su vida (22).

El pudor de una joven es cosa santa á los ojos de los ángeles, y así es que Gabriel, á fin de tranquilizar á María, no vaciló en descubrirle una parte del casto misterio de la Encarnación. "La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, le dijo, y el fruto santo que de tí ha de nacer, será llamado el Hijo de Dios." (23) Entonces, según la costumbre de los mensajeros de Jehová, quiso darle una prenda que confirmase la verdad de sus palabras: "Elisabet tu prima, prosiguió el Angel, ha concebido un hijo en su ancianidad, y este es el sexto mes de embarazo de la que es reputada estéril, porque nada hay imposible á Dios."

Sara se sonrió con cierto aire de incredulidad, cuando un mensajero celestial, sentado á la sombra de las grandes encinas que cubrían su tienda, le anunció un hijo á ella anciana y estéril. María, á quien se le anunciaba un prodigio nuevo, como dice Isaías, una cosa sin ejemplo bajo el cielo, una maternidad virginal en fin, dió crédito, sin vacilar, á la promesa divina; y humillándose ante Aquel que la colocaba sobre todas las mugeres, respondió con sumisa voz: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra." A estas palabras desapareció el Angel, y el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros (24). Así fué como el ángel de luz desempeñó la misión de nuestra salvación cerca de la nueva Eva, y como la culpa de la Eva pecadora que habia tramado nuestra perdición con el ángel de las tinieblas, fué gloriosamente reparada; así fué como una simple mortal fué elevada á la dignidad sin igual de *Madre de Dios*, y virgen y madre al mismo tiempo, reunió por un nuevo portento los dos estados mas opuestos y mas sublimes de su sexo. "No pasemos mas adelante en este misterio, dice san Juan Crisóstomo, y no inquiramos cómo el Espíritu Santo pudo obrar esta maravilla en la Virgen; esa generación divina es un abismo tan profundo, que ninguna mirada curiosa puede sondear." (25)

Hemos adoptado la opinion de los doctores y teólogos que sostienen que José era legalmente el esposo de María en el momento de la Encarnación; sin embargo, esta opinion está controvertida entre los autores, que pretenden que María no era todavía la esposa, sino solamente la prometida de José (26).

Encontramos en primera línea al mismo san Juan Crisóstomo. María, no obstante, según la opinion del mismo santo padre, habitaba en la casa de San José, cuando el Angel se le apareció; "porque era antigua costumbre, dice este ilustre orador sagrado, hacer venir las prometidas á la casa de sus esposos, lo cual aun se hace algunas veces. Sábese que los yernos de Lot habitaban en casa de su suegro con sus futuras esposas." (27)

A pesar de la veneracion profunda que inspira san Juan Crisóstomo, la Iglesia no ha seguido su opinion. La cita de los yernos de Lot, con que pretende apoyarla, está por otra parte mal escogida: la Escritura no dice que viviesen con Lot, y todo induce á creer lo contrario, pues que el Patriarca se vió obligado á salir de su casa en un momento de turbacion y espanto, mientras que el motin mas horroroso se propagaba sordamente en la ciudad, á fin de avisar á sus yernos futuros que abandonasen á Sodoma. Aun suponiendo que los jóvenes prometidos de las hijas de Lot hubiesen hecho parte de la familia de este patriarca, cuyos rebaños cubrían los montes y los valles de una provincia entera, según las costumbres de aquel tiempo esos jóvenes no hubiesen sido á las orillas del Jordan, sino lo que Job fué mas tarde en Mesopotamia, á saber: activos y vigilantes criados, sufriendo en las llanuras el calor del dia, y helados por el viento de la noche (28). En ninguna parte se lee que tuviesen á sus prometidas dentro de sus tiendas; ellas vivian bajo la égida del patriarca, de quien eran aquellos los primeros pastores: nada hay en esto que esté en contradicción con las costumbres de la antigua Asia. Por el contrario, huérfana, aislada y viviendo bajo el techo de su prometido, la santa Virgen se hubiera hallado en una situación del todo escepcional. Una costumbre generalmente recibida entre los hebreos podría solamente autorizar semejante suposición, y nosotros no hallamos en su código mas que una ley espesa que á ello se opone (29). San Juan Crisóstomo, acorde en esto con los antiguos teólogos, nos enseña que Dios cubrió largo tiempo con un espeso velo la maternidad milagrosa de María, á fin de salvarla de una sospecha injuriosa y humillante, que hubiese ofendido tan peligrosamente á la

divinidad del Hijo, como igualmente al respeto que el universo entero debía á la Madre. Además de que solo el matrimonio, con su manto de honor, podía encubrir el misterio de la Encarnacion, porque los simples desposorios no podian bastar; á lo que debe añadirse, que si José y María no hubiesen sido mas que prometidos en el momento de la Encarnacion del VERBO, no habrian sido otra cosa cuatro meses mas tarde, puesto que el Evangelio nos enseña que María, despues de la Anunciacion, partió á toda prisa para ir á visitar á Santa Elisabet, y que no fué sino al regreso de su viage de Hebron, que habia durado tres meses, *cuando fué reconocido su embarazo*, frase que indica una posicion visible á todo el mundo. Si el matrimonio de María no se hubiera celebrado, sino cuando su maternidad se hizo un hecho patente, reconocido é innegable, ¿qué habrian pensado las dos familias? ¿qué hubiera dicho todo Nazareth, acudiendo á ver la ceremonia? ¿De qué murmuraciones no hubiera sido objeto la Virgen pura, en un pueblo en que el honor de las mugeres era una cosa tan sagrada, que infaliblemente era vengado con el último suplicio? El nacimiento del Mesias, ese nacimiento que debía ser puro *como el rocío de la aurora*, segun la poética espresion de David, ¿no habria sido entonces atacado y manchado? Los judíos, y sobre todo los de Nazareth, que se mostraron tan hostiles á Jesucristo, y que le llamaban *el hijo del Carpintero*, no le hubieran echado en cara la irregularidad de su nacimiento? Si no lo hicieron, fué seguramente porque nada tenian que objetarle á este respecto.

He aquí, sin duda, las razones que han decidido á un gran número de ilustres teólogos á adoptar la opinion del matrimonio, no obstante el apoyo que el partido contrario hallaba en las palabras de San Mateo, palabras que parecen prestarse á diferente interpretacion; pero que, sin embargo, no ofrecen un sentido bastante explícito para cortar la dificultad (30). En fin, la disputa no ha recaído jamás sobre el punto principal; esposa ó prometida, nadie entre los cristianos ha puesto en duda jamás que la Madre de Dios fué la mas pura y la mas santa de las vírgenes; los mismos musulmanes convienen en que *ella era la fuente y la mina de toda pureza*.



LIBRO IX.

La Visitacion.

INSTRUIDA María por el Angel de la milagrosa preñez de Elisabet, resolvió ir á ofrecer sus tiernas felicitaciones á su venerable parienta. No fué esto, como se han atrevido á decir algunos hereges, porque la Virgen quisiese cerciorarse por sus propios ojos de la realidad de aquel suceso, que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; ella sabia perfectamente que nada es imposible á Dios, y por otra parte no podia suponer que un Enviado del cielo le trajese de parte del Altísimo palabras de engaño y de mentira. Partió, pues, no para asegurarse, porque ya estaba segura; partió á toda prisa, porque la caridad, dice san Ambrosio, no admite dilaciones ni retardo, y ademas, porque buena y benévola, como lo fué toda su vida, le parecia que tardaba en llevar á unos parientes, cuya proteccion habia cubierto su infancia, y que